

Carlota Brenes & A.

ALBERTO MASFERRER

PENSAMIENTOS Y FORMAS

NOTAS DE VIAJE



PRECIO: ₡ 1-25

Publicado por J. GARCÍA MONGE
San José de Costa Rica, C. A.

1921

NOTAS DE VIAJE

En Izalco

LLEGAMOS a las fuentes de Atecozotl.

En la ducha, un mozo de unos veinticinco años: lanoso, cabeza como nudo de ceiba; en la frente, un enlazamiento de encrucijadas, mirada corta, opaca, recelosa; todo bestial.

Aún no ha matado a nadie, pero ha de hacerlo cualquier día; cuestión de dosis de aguardiente. ¿Cuándo llegará el día en que *se prevea* sobre estos hombres, y se les prive de excitantes y de armas peligrosas?

La ducha de Izalco es una gloria. No hay induración, nudosidad ni estancamiento de humores que resista a estas duras caricias de la ducha. El agua, limpia, pura, firme, martillea la piel, impregnándola de vida, de flúidos que absorbió allá dentro, en lo más hondo de las cavernas subterráneas. El mármol, el hierro, el granito, el cobre y el plomo, las lavas y las

escorias han infundido en ella sus efluvios, y al brotar al sol, tras de su largo viaje en las tenebrosas entrañas del monte, es como un torzal eléctrico y magnético que disuelve toda impureza, que afina la piel y amaciza los huesos carcomidos.

*

¡Si aquellos pobres archiveros, oficiales mayores, escribientes y demás víctimas del papel ininteligente y polvoroso, viniéranse acá todos los meses, a bañarse en esta agua y en este aire; si pudieran ver este conacaste, en vez de aquella estantería desolante; sentarse sobre las raíces de este amate, no sobre aquellos taburetes hemorroidales; y oír la música del agua que canta acompañada del pífano de la cigarra, en vez del tac, tac, tac de la máquina de escribir!... Y olvidar, arrojar del alma y de los oídos aquella frase lamentable de «se ha recibido en esta oficina...»

*

La cultura da sus primeros pasos en Atecozol: los hombres se bañan vestidos.

No mucho; con diminutos calzones, casi transparentes, bastantes apenas para cubrir lo peor. Todas las fealdades del cuerpo, nativas o adquiridas, quedan al aire, ufanamente, como en un certamen de imperfecciones. Lacras, costurones, costillas hundidas, vacunas anchas como playas, lunares cabelludos, manchones, pelotas, escoriaciones, saltaduras y anfractuosidades...de todo hay en esta viña del Demonio, sembrada y abonada por la miseria, el trabajo y el vicio.

*

El grande triunfo de los griegos fué llegar a extraer la belleza humana, depurándola y acrisolándola. (Animal feo el hombre. Tan feo por naturaleza, que sólo el amor propio y la rutina pueden hacer olvidar su fealdad, o siquiera hacerla tolerable).

Pues de tal experpento extrajeron los griegos, a fuerza de masaje, de sol, de aire, de ritmo y de movimiento; a fuerza de tener el espíritu libre, la vida simple, el tiempo holgado, el ánimo sereno, extrajeron, decía, el bello animal del Gimnasio. La Gimnasia moderna ig-

nora esto: se imagina que el arte de cultivar el cuerpo reside únicamente en saltos, contorsiones y carreras, cuando, en realidad, viene de más hondo: de una vida amplia, sin preocupaciones, sin avaricia, sin remordimientos y sin quimeras.

Y puesto que ignoramos tal ciencia, lo que nos toca es no mostrar sino lo menos mal conformado de nuestras interesantes personas. ¿Lo hacen las mujeres, que casi siempre nos aventajan en suavidad de líneas y tersura de piel, y no lo hemos de hacer los hombres?

En Atecozol los bañistas se cubren o se medio cubren. Algunos, la gente de mejor clase, se mete al agua vestida. Por lo menos, el espectáculo no es tan grosero como el de los estanques de San Salvador: aquella *Chacra* y aquel *Coro*, donde no hay grosería, desvergüenza, inmundicia y desorden que no tengan su trono.

*

La Naturaleza es muy rica y fecunda, pero no es complaciente; y los pueblos que todo lo esperan de sus regalos, se arriesgan a morir en la inercia y en la indigencia. Poco importa

que la Naturaleza se disfrace de Providencia, por amor al hombre. También la Providencia se cansa, y a cierta hora dice: «no hay más».

A Izalco le ha dado en abundancia: esas fuentes de Atecozol, que son un manantial de salud y pudieran serlo de dinero; una campiña rica en árboles montañosos, donde la ceiba gigantesca besa la copa del bálsamo fragante, y donde el negro ujuste reluciente despliega su anchuroso follaje con tal impulso, como si para para él sólo se hiciera el firmamento; y, además, frutas deliciosas, jugosas, aromáticas, triunfantes de color y sabor. Y, además, succulentos pastos que se transforman en leche olorosa y nutritiva. Y legumbres que son un néctar, y carnes que dan al traste con las convicciones del vegetariano empedernido. Y, además, un ambiente saturado de esencias en que los espíritus de la floresta vagan y se entrelazan en vibraciones vivificantes. Y, además, esta atmósfera única en que el hálito del volcán se mezcla a la ráfaga del mar: azufre, yodo, sal—todo energía y vida.

Me parece que los izalcos no pueden quejarse de la Providencia, y sospecho que aún si

se quejaran, aquella no les concedería un ápice más de riquezas y dones.

De tal manera que si los izalcos esperan que el mejor día baje la Providencia, armada de barra y almádana, a romper los pedrones que estorban la llegada a las fuentes de Atecozol, aguardarán eternamente... porque no bajará—seguramente no.

Aquellas piedras están ahí hace tiempo: cuatrocientos años atrás tropezaban en ellas los corceles de los conquistadores. Las princesas indias, desde que usaron zapatos a la moda de España, tropezaron en ellas, lo mismo que ahora las graciosas señoritas que aunan en su sangre la de los flecheros de Atlacatl y la de los tenientes de Alvarado. Ahí están las piedras, tamañas, salientes, en mitad del camino, diciendo a los viandantes: ¡No se pasa!

Y allá arriba se está la Providencia, entre burlona y grave, diciendo a sus mimados izalqueños: «No, es demasiado, no voy; tanto como eso no».

*

Y otra cosa que, probablemente, no hará la Providencia, es venir a cambiarle sitio al cerro

de basura que bordea y ennegrece el riachuelo que se atraviesa—haciendo equilibrios sobre resbaladizas y estrechas piedras—al pasar de la ciudad al campo; ya para subir la bella terraza a cuyo término brotan los cristalinos y abundosos manantiales de Atecozol.

No hay un miserable puentecillo sobre ese riachuelo; lo que hay es basura, pudriéndose al sol y envenenando el aire. Mucha basura, basura multiplicada por nueve, toda la basura del pueblo, arrojada allí, al paso del turista, como para desengañarle si por acaso imaginó que en esta Patria salvadoreña encontraría, por fin, un rinconcito donde la basura no fuera preferida y reverenciada.

Quitar de ahí ese basural es cosa fácil, cuesta nada; es asunto de una palabra para el más infeliz Alcalde, no digamos para la Providencia. Empero, la omnipotente y amable Señora se obstina, y se niega resueltamente a convertirse en tren de aseo. Y tiene razón: eso iría más allá de lo que puede conceder un amigo celoso y abnegado.

*

¡La ceiba de Izalco!... Si alguna vez me siento poeta, he de cantarte, ceiba: ruina viviente que, todavía, con tu corteza hendida, tus grandes ramas mutiladas, tus raíces desahucadas y tu tronco petrificado, eres un mundo en que hallan vida y gozo enjambres de parásitos, nubes de insectos y bandadas de pájaros.

Entretanto, ahí está para el canto la orquesta de clarineros familiares que ven en ti su casa, su templo, su mundo, y acaso su Dios...

Fiesta de la Raza

UNA nueva ocurrencia de gente ahita y aburrída.

Aquí amaneció lluvioso y frío, después de cuatro días de temporal cerrado. En tiempo así, el hambre, crónica en estos campesinos, recrudece. Desde muy de mañana, las muchachas de los valles comienzan a subir con sus canastas de maíz, a ver si sacan algo con que pasar el día.

Han andado dos leguas, bajo la lluvia, con los pies hundidos en los barrizales, sufriendo el cierzo que se cuele a través de sus camisas agujereadas. Vienen empapadas, transidas de frío y hambrientas. Para darse calor y vigor, muerden su trozo de panela mientras ofrecen la mercancía.

Se trata de obtener dos reales, un real, para llevar el almuerzo a sus padres o a sus niños.

que esperan allá abajo en sus chozas oscuras, la llegada del pan.

Las gentes del pueblo, todas estas familias que viven de invenciones, de *cachertías*, disputan el negocio a las montesas: chiquillas de siete años van de puerta en puerta vendiendo una gallina, un puñado de ejotes, un haz de chipilines o una tusada de manteca. Todas ellas son pálidas, delgaduchas, avejentadas. El frío y el hambre se las comen antes de tiempo, y llegan a ser viejas sin haber sido jóvenes. Van descalzas, o arrastrando los pies en zapatos grandes y agujereados que sirvieron ya para las hermanas mayores.

Son incansables y tenaces; sino pueden vender al precio indicado, se alejan, dan una vuelta, y luego regresan a consentir un tanto en la rebaja, hasta sacar lo más posible de su pequeña mercancía.

El negocio cambia a menudo; porque si repitieran, no alcanzarían a vender—tanto es el pueblo de miserable. Por eso es que la misma chicuela que trajo ayer manteca, vende ahora totopostes, mañana quesadillas, después tamales, otro día legumbres.

Así se va pasando. Cada día una batalla,

una victoria sobre el hambre, una transacción con el frío. Lo que es comer en serio y abrigarse de verdad, bastante, hasta sentir vigor y alegría, eso...

Las abuelas, las madres, las hermanas mayores, todas sufren del reumatismo. La anemia los devora a todos.

Y digo yo: ¿si para celebrar la fiesta de la raza se les diera de comer este día, siquiera este día?

Porque, en fin, una raza que no come, no podrá celebrar su fiesta mucho tiempo...

Alegría, 12 de octubre de 1917.

En Alegría

HAY en el país un lugar más bello que este pueblo?

¿De horizonte más amplio, de céfiros más puros, de aire más trasparente, de agua más cristalina?

Allá arriba, queriendo treparse al borde mismo del cráter que perfora el volcán, está ese grupo de casitas blancas, sobre un suelo compacto que ningún miasma puede infestar, asidas a las pendientes y a las quiebras que suavizan el césped, margaritas y mejoranas, y abanicadas por estos soplos que vienen de las más lejanas y enhiestas cimas de los Andes.

Aquel luciente cinturón que viene desarrollándose de valle en valle, costeano serranías y recortando caprichosamente las planicies, es el Lempa.

Aquel cuadrilongo de calles largas y derechas, es San Vicente.

Aquella mancha blanca, allá, a lo lejos, sobre aquella montaña, es Sensuntepeque.

Más allá, mucho más, aquellos cerros azules que surgen de aquel manto de nubes, son los cerros de La Esperanza; ...y más allá, en el confín, aquella escalinata de gradas inmensas, son los Andes, el espinazo mismo de la Gran Cordillera, a dos mil, a tres mil, a cuatro mil metros de altura sobre el mar...

Por entre los portillos de aquellas sierras ha pasado este aire que viene del Atlántico; este aire salutífero, henchido de la savia del pinar hondureño, tamizado por la cabellera de las viejas encinas, saturado de efluvios, de esencias, de vida, de luz...

Imaginad ahora si habrá terciana, fríos, cuartanas, ni demonio cualquiera hijo del miasma y del zancudo, que pueda resistir a la influencia del aire que se respira aquí!

A los quince días, se fué la calentura; ocho días más, y sobreviene un apetito desordenado de frijoles, arroz y carnes y frutas y legumbres, que da espanto al bolsillo. Y luego, el color asoma otra vez a las mejillas, el brillo a los

ojos, el timbre a la risa, la lucidez al pensamiento, las palpitaciones hondas al corazón reconfortado.

Así, la montaña se ve constantemente invadida por las víctimas del esanófeles, que vienen de allá abajo, huyendo del Pam-ala, hartos de Pelletier, repletos de mixtura y destrozados a inyecciones.

De aquí se van sanos, vigorosos, felices y con el ardiente deseo... de nunca más volver.

Sí, de no volver. Porque todos los vagos, tahures y bebedores de las cercanías se juntan acá, y golpean, machetean y asesinan a las gentes, como si fueran malas hierbas.

—¿Dónde lo mataron? Cerca de Alegría.

—¿De dónde traen al herido? De allá por Alegría.

—¿A dónde va la escolta? Va para Alegría.

Si es así, dice el visitante palúdico, me voy, y me resigno a la quinina, aunque bien sé que no me ha de curar.

Es claro.

La mayor culpa está en el *guaro*, ese fetiche de nuestros financistas, sin el cual, según ellos, no hay Gobierno posible. «¿De dónde sacaríamos para el hospital, el hospicio y la escuela

y la biblioteca y el conservatorio?» ¡De dónde!

Tras el *guaro* viene el jurisconsulto. El señor jurisconsulto—hay por lo menos uno en cada distrito—necesita vivir, y tener casa y finca. Un cliente que paga trescientos pesos si medio mató, y seiscientos si mató enteramente, no es de menospreciar. El joven se afanó quince años en el estudio, erogó en códigos, aprendió a interpretar, a sutilizar, a leer de abajo para arriba, a torcer y a retorcer el texto como un alambre dúctil; conoció todos los secretos del papel sellado; se hizo temible en la pregunta y en la repregunta; en fin, adquirió pericia y destreza en el manejo del venenoso intrumental que se encierra en el estuche del Pr.

Ahora le ha llegado su turno, y precisa que lucre y que vele por el orden y la justicia.

El macheteador, o matador, por su parte, ya conoce el camino. La experiencia le ha sugerido una filosofía expedita, sanchezca, que él ha condensado en breves fórmulas: —«La cárcel no me ha de comer—Al Juez, le meto en miedo.—El Doctor, con unos quinientos pesos, se ha de conformar.—Y untándole la mano a uno que pueda...»

Y así, por este camino, han llegado a tener

poca gracia las maravillas de este rincón de Suiza, que se llama Alegría. Y por ese mismo sendero se vienen despeñando muchas cosas buenas: a causa del aguardiente, que da para los gastos del progreso, y del señor juriscónsulto, que vela por la justicia y el derecho.

Harapos

MAS NOTAS DE ALEGRIA

ABUSAMOS de esta palabra, como de todas. Sin embargo, ninguna merece más respeto. El harapiento, el verdadero harapiento, tiene cierto derecho a no ser confundido con miserables de ninguna otra clase.

El harapo es la enseña de la miseria legítima. Cuando uno se decide a ostentarlo, es porque todo recurso físico y moral ha terminado. He podido observar en países de diversas razas y lenguas, que antes de mal parecer, las gentes prefieren sufrir toda estrechez y privaciones en el hogar, incluso el hambre. Hay muchas, pero muchas gentes que preferirían comer a media ración y no salir a la calle sucias y rotas.

El vestido sucio, deprime; el vestido roto,

desmoraliza. El vestido sucio y roto, aniquila. Cuando la rotura llega a ser harapo, no hay limpieza posible: falta la manera de efectuarla, y sobre todo, falta la voluntad.

El que viste harapos *ya no sabe querer*. Hará lo que otros quieran por él: comerá, beberá y vestirá lo que otros dispongan. Robará, mentirá y servirá de rufián, tal como lo deseen los que le protegen. El harapiiento *ya no es*. Existe, pero no vive. Harapo significa *final*.

De entre los niños de este pueblo, uno por cada diez llevan harapos. Verdaderos, legítimos, tal como los lleva ese muchacho que acaba de pasar por aquí. Da risa y da lástima el verle, sobre todo hoy domingo, cuando el contraste con los niños decentes es mayor.

De qué manera se arregla él por las mañanas para vestirse, es un misterio digno de inquisición. Porque es todo un itinerario largo y complicado el que ha de recorrer para atinar, por fin, con el desgarrón que sirve de cuello a la camisa, muy fácil de confundir con los que sirven para meter los brazos, con el que encuadra el pecho, con los que festonan las costillas y con los que muestran los codos.

Los pantalones son un fleco y una criba;

nada que no se mire, nada que no ande expuesto al cierzo y al sol.

¿Con qué objeto lleva ese muchacho semejantes colgajos ahora en días tan lluviosos, y con una temperatura de diez y ocho grados que la humedad vuelve intolerable? No pienso que sus pretensiones lleguen hasta defenderse del frío con tales vestidos. Y ¿quién sabe? Es tan poderosa la sugestión, que tal vez se imagine él, y lo sienta, que hace menos frío, así *cubierto*.

Pero, seguramente, obra en primer lugar la decencia, el decoro. No se puede ir desnudo en un país civilizado; la policía está ahí para reprimir tal desorden, y las gentes correctas protestarían indignadas contra semejante violación de las costumbres. Así, pues, hay que vestirnos.

Y eso, no sin sacrificios; pues aunque los harapos se obstinen en una resisteneia heroica, al fin llega un día en que se acaban, y hay que gastar para reponerlos.

Naturalmente, este muchacho no tiene padre, no ha conocido padre, pues nuestro Salvador, este país de que tan orgullosos nos mostramos, es un país en que más de la mitad

de los niños no tienen padre.—(Padre, en este caso, no significa el macho que fecunda a la hembra).

Decía, pues, que este arrapiezo no tiene ni tuvo nunca padre, y que para que él ande así, gastando esos lujos, su madre tendrá que privarse de algunas cosas. Probablemente es ella de las que rara vez hacen dos comidas por día, y eso, como las hacen en este pueblo las gentes de su clase: café negro, extraído del que llaman *resaca*, mal oliente, mohoso, recogido del suelo a medio podrirse; carne los domingos, de la que no se pudo vender en toda la semana: es decir, carne, no, sino huesos pasados, pringosos de las moscas, excelsos para el caldo. Y luego, bledos, úculas, raíces de quequeixque, verdolagas, hojas de tomate, guías de ayote, hijos de piña, jugo de naranjas agrias, mostazas, flor de izote, pitos, chipilines, y en fin, tortillas untadas con manteca de cerdo. Todo, como se ve, de lo más nutritivo.

No se crea que ahí acaba el *menu*; la civilización ha corrompido a esas gentes, volviéndolas golosas y antojadizas. Así, cualquier día, por ejemplo cuando la feria de San Pedro, o

la de San Miguel, o para la fiesta de los Arcos, se dan facha con un medio de papas, un tilhuacal y una semita de trigo. En tiempo de cortas, es un desastre: las *nanas*, que se sacan hasta sus veinte reales en la semana—a más de los frijoles, la tortilla, y a veces la sal—sin más que trabajar diez horas por día, se vuelven insolentes para el derroche. Llevan el desorden hasta comprarse un rebozo de media seda, camisa con encajes, comerse su sarta de chorizos y tamalearse con tamales de chanchito!

Eso, para ellas; pues en cuanto a los zánganos de sus hijos, no hay límite: les compran sombrero de a seis reales, camisa de céfiro, calzones de reforma, y un Mantilla nuevo, por si de repente les queda tiempo de ir a la escuela.

Ello es que las dichas cortas son tiempos de perversidad en que todas las virtudes fracasan: las muchachas salen, seguro, con un hijo, y el padre, es decir, el que debía ser su padre, se bebe y se juega cuanto gana.

Por lo demás, hay aquí fincas admirables. Cafetales, cafetales sin término, cafetales desde la falda de la montaña hasta su cima. Lo

que antes era detalle del paisaje, una milpa en rastrojo con su clámide de campanillas, un robledal solemne, un cañaveral que recreaba los ojos con sus verdores claros y el oído con la chirriante llamada del trapiche, la hortaliza, el frutal, el bosque, la maleza, todo es ahora cafetal. Se diría que el Universo entero se ha vuelto cafetales.

Sale oro de ahí. Mucho oro. Millares y millares de quintales, que retornan de Europa convertidos en cascadas de pesos.

Y eso, cada año.

Un diluvio de oro cada año, en el alegre y bullicioso tiempo de la cosecha y del beneficio, cuando los patronos llegan al campo, a darse algún descanso de su afanosa vida ciudadana.

Es entonces, en ese tiempo, cuando los haraposos muchachos, las zánganas de sus nanas y los borrachos de sus tatas, cortan, acarrear, tienden y remueven el café; lo trillan, lo avientan, lo tamizan, lo pesan, lo ensacan, lo cosen y lo marcan, y lo acomodan, en fin, en las carretas que lo llevan al puerto.

Luego, vuelven a su vida de siempre... inmorales y astrosos.

Lamatepec

EN ACAJUTLA

DE tarde.

Desde el corredor, frente a mi cuarto, mientras el mar susurra sus misteriosas confidencias, contemplo la gran masa del Lamatepec.

Vasta montaña, larga, voluminosa. Montaña patriarca, de prole dilatada, como aquellos jefes de las tribus hebreas, que pactaban con Dios por alcanzar estirpes más numerosas que las arenas del desierto.

Ese patriarca de los montes, Lamatepec, (Cerro Padre) que decían los indios, con su corona de nubes y su barba caudal de selvas y de bosques, dió de sí. De sus entrañas poderosas fueron surgiendo, por el cráter inmenso, arroyos, torrentes, ríos, lagos, mares de lava, que el tiempo fué cortando, desmenuzando,

uniendo, compactando, fertilizando y extendiendo en dirección del mar, hasta levantar el terreno en gradual y suave declive de diez leguas de anchura, a cuyos bordes viene a detrenzarse la cabellera de las olas.

Después, de siglo en siglo, un milenio tras otro, nuevos alumbramientos: nuevas erupciones se escalonaron sobre sus faldas, formando terrazas y galerías anchurosas, que son como una escalinata para subir los dioses. Y sobre tales graderías, el viento, el sol, el sismo, el agua, la lluvia de veinte mil años, tallaron a su arbitrio en raras formas esculpidas, mesetas, colinas, barrancas, surcos, quiebras, saltos y hondonadas, por donde los torrentes se descuelgan y se arrastra la marejada de los aluviones invasores.

Y así fué, de milenio en milenio, la montaña prolífica, perennemente en cinta, en un alumbramiento perpetuo, construyendo la costa en un espacio de dos mil kilómetros cuadrados arrebatados al océano, que desde entonces amenaza vengarse golpeando y rebramando sobre la playa que le sirve de muro.

Después, todavía, como si fuera su fecundidad inagotable, como si su potencia engen-

dradora se hallara todavía virgen, brotaron de sus flancos, montes, cerros y conos: el Pico del Aguila, el Pico Los Naranjos, el San Marcelino, y otros y otros más, hasta el advenimiento del Benjamín, alborotador y mimado: el Izalco, que ya sobrecoge a las gentes con sus rugidos de cachorro, y enrojece la espuma de las olas con el reflejo de sus crenchas de fuego.

Llanuras, bosques, selvas, terrazas, montes y volcanes, todo surgió de ahí, en descendencia milenaria, de sus entrañas profundas, de sus senos inexcrutables, donde todavía... quién sabe? un nuevo feto va incubándose...

Así fué como el Lamatepec cumplió sumiso y dócil, su misión de formar continente, de forjar y edificar la tierra, sobre la cual nosotros, presumidos insectos, nos agitamos en nuestros míseros afanes.

El gran cráter es ahora un ojo titánico, en cuyo fondo inaccesible, una blanca pupila (una laguna límpida y adormida), parece interrogar al Firmamento; como un niño que al finar su trabajo preguntara a su madre: ¿está bien así?

Y mientras llega la respuesta de Dios, la vasta montaña, cansada, reposa... dormita, duerme, sueña...

En Guatemala

UNA caravana de indiecitos va trotando por la Octava Avenida.

Es un trotecito suave, rítmico, avanzado, y no extenuante. Cuando los transeuntes les dificultan el tránsito, andan como nosotros, para reanudar su trotecillo apenas hallan paso libre.

Las mujeres llevan sus niños, pendientes hacia atrás o hacia el lado izquierdo, en una como hamaca de tela, que les llega hasta más abajo de la cintura. Los bebés, pacientes, agueridos desde que nacen, se adormecen o duermen al ondular del trote maternal.

Estos indios son finos, pequeños, delgados, todo nervios. Su piel atezada, mate, oscura con leve tinte róseo, habla del aire y del sol, de la llanura y la montaña, del sueño bajo la guarda de las estrellas, y del caminar temprano a las primeras dianas del gallo y de la

aurora. Es ésta una avecita seminocturna, muy parecida a la *lechuzca*, poco más grande que una codorniz. Desde las cuatro de la madrugada o un poco antes, comienza a invitar a nuestros campesinos, a que emprendan el trabajo del día. Este pájaro, madrugador como el labriego, de sencilla apariencia y canto humilde, quedaría muy bien como símbolo de la raza india, en nuestro futuro escudo de Centro América.

El trotar de los indios ¿viene de la necesidad de recorrer largas distancias? Quizá no; será más bien que hallaron, desde siglos, la ley del ritmo, aplicada a sus movimientos en las diarias y dilatadas jornadas. Un pueblo cuya industria es ir y venir lejanamente, llevando a costas su comercio y sus niños, debió, por instinto y por necesidad, estudiar todos los secretos de la marcha y descubrir todas las virtudes recónditas del movimiento musical y acompasado. Y tan adentro fueron en el conocimiento de esta ciencia maravillosa, que, si por acaso van libres, sin carga ninguna, se lastran con algunas piedras echadas adentro del *cacaste*, para suplir así, en una moderada proporción, el peso habitual de sus jornadas.

Saben estos indios que los órganos se atrofian por el desuso, y que, por el contrario el ejercicio constante, periódico, desarrolla fuerzas y destrezas increíbles; y así como Víctor Hugo practicaba fielmente su consigna de *ni un día sin su línea*, y Edison cumple la suya de *ni un día sin sus catorce horas de trabajo*, (sin exceptuar el día de su natalicio) así estos nómades heroicos no marchan nunca sin llevar alguna carga, para que el cuerpo y la voluntad no se les aflojen, y para que el trabajo no les resulte maldición sino hábito.

Tal como su andar es veloz y su trabajo rudo, así es su descanso de reparador y confortable. El ritmo de su carrera imprime a su sueño la virtud de una profunda restauración, y el desgaste diario, intenso e igual de sus tejidos, hace que la materia de su cuerpo se renueve rápida y totalmente en breves años. Y es así como de su andar musical, fluyen calladamente su salud y su fuerza, y su vivir sereno y suave.

Recuerdan estos indios al ciervo y la gacela. Son, como ellos, animalitos ágiles, sobrios e inofensivos; son de la raza noble del caballo y del buey, seres magnánimos que dan más que

lo que consumen. Gentes que viven de frutas, de raíces y de granos, de agua y de aire, de movimiento y luz; y con sus hombros férreos y sus frentes de acero, sus piernas veloces y sus recias caderas, sostienen y sobrellevan el peso de la nación entera.

Son ellos las raíces invisibles, incommovibles y robustas del grande árbol-nación. Y ahora, como hace cinco siglos, son la raza matriz y maternal, potente y generosa, que da todo y que nada recobra.

Ruinas de San Francisco

EN GUATEMALA

TOCAN las campanas de San Francisco. Tocan? Gimen? Lloran? Piden socorro o claman por misericordia?

Las torres, los torreones, los campanarios, todo lo que en el vasto y eminente santuario subía de la tierra al cielo, cayó derruido, destrozado, hecho polvo al estrago del remezón tremendo... como si la tierra, ansiosa de purificarse, quisiera echar de sí hasta las cosas santas, hasta las moradas de la oración...

Allá en lo alto, aferradas a los poderosos grapones, como un alma que se adhiere al cuerpo agonizante, quedaron las campanas; y desde, ahí sobre la ciudad melancólica salpicada de ruinas, cantan, oran, suspiran, derramando sobre los templos y los palacios destruidos el divino rocío de sus plegarias.

Las campanas ¿No son el alma de los templos? ¿Su voz, no es, acaso, el espíritu que trasciende y se sobrepone a la materia, y convierte en pensamiento y éxtasis hasta las formas informes de la piedra?

Y cuando esas sonoras y plañideras voces fueron fundidas ¿no entró en la liga, junto con el hierro y el oro, el pensamiento y las emociones, la esperanza y la fe, cuanto había de puro en el alma de los que vivían entonces?

¿Por qué las campanas de ahora, meros productos de la industria, no resuenan y cantan como estas antiguas, centenarias campanas, surgidas del espíritu en los remotos días, cuando los hombres sabían creer y sabían orar?

Viendo el mar

EN ACAJUTLA

DÓNDE comienza y dónde acaba el mar?
¿Es en la espuma que se petrifica y se arboriza, y forma diminutos bosques de nevado ramaje?

¿Es en la arena que absorbe la sal y el iodo, y adquiere la movilidad de la onda?

¿Es en la nube que le lleva en sus alas y le convierte en aire?

¿Es en la roca que le rompe, destroza y desmenuza, y a fuerza de recibir sus golpes y sus besos se esculpe como una ola de piedra?

¿Es en la concha, trocito de arco-iris, que la espuma concreta, atersa y endurece?

¿Es en el escollo, que le destrenza y le echa al viento la verde cabellera, disuelta en plumazón de nieve?

Por la sal y el iodo, se enlaza con la tierra;
Por la nube, se enlaza con la atmósfera;
Por el oleaje, que es el palpitar de su corazón, se hermana con el hombre;
Por la marea, que es su respiración, aspira y suspira como todos los seres;
Por el rumor divino de sus olas, ora, canta y solloza lo mismo que nosotros.
Y por el hondo silencio de su voz, insinúa que él también posee su grande alma, y una ráfaga de luminoso espíritu.

Procesión del Santísimo

EN SAN SALVADOR

9 de marzo de 1919.

LA religión es el reino de los que padecen. En la fila anchurosa, interminable, que sale y sale del templo, lenta y perenne, como un hormiguero que cambia de morada, casi no se ven más que caras sufrientes y adoloridas. Adelante, los chicos de una escuela vecina, seguidos de una columna de monaguillos y de tal cual moza que husmea un novio o un cortejo, dan una nota alegre y vigorosa, como para hacer menos dura la entrada en el reino de la tristeza.

Vienen luego dos filas de ancianas; mujeres fuertes y graves, con semblantes hombrunos, endurecidas a fuerza de trabajo y de lucha; ancianas heroicas que debieran reposar ha-

tiempo en el sepulcro, uncidas al vivir por amor de algún nietecito sin madre, de alguna hija casada infaustamente, de un hijo desahogado y parado e inepto... Rezan con tono áspero y semblante amenazador, como si retaran a la desgracia; como si en vez de pedir socorro a los dioses benéficos, desafiaran al príncipe de las tinieblas.

Vienen después los sacerdotes de San Ignacio, con sus blancas estolas, inclinando hacia el suelo sus caras finas, sus ojos velados, sus frentes pensativas y pálidas. Sus austeros semblantes contrastan, a trechos, con la lozanía rubicunda de algún cura mundano, mocetón bien comido, con la barba canutosa acusándole de pereza.

Luego la orquesta, lloriqueante, envolviendo al Santísimo en una nube de suspiros, sollozos y lamentaciones, que se confunden en el aire con la monotonía de los rezos y el reteñir de las campanas melancólicas.

De trecho en trecho resalta el sonsonete de los enseñantes, de tono chillón unos, penetrante, incisivo; otros con el acento opaco, lacrimoso y nasal. Uno de éstos, calvo, amarillo, anémico, fofo, repite incansable el Padre Nues-

tro, con modulaciones intencionales que revelan no sé que penas hondas, oscuras, que no hallan modo de traducirse en palabras «Santificado sea *el* tu nombre ¡Vénganos *el* tu reino!»...

Y le imprime a éstos *el* un acento, una melancolía y un énfasis que sobrecogen al oyente.

Mas allá, otro, sucio, cara terrosa, harapien-to, con los pies bailoteándose en unas alpargatas destalonadas, enseña la salutación a María, alargando mucho las sílabas finales: Santa Mariiía, madre de Diooós... Y casi llora uno de oír-le, porque en el tono lamentable y las vocales temblorosas y enfáticas, se adivinan gritos de socorro y una desesperada confesión de impotencia, que dice: «ya no puedo más... ya no... Señor, ya no quisiera andar tan sucio... y tan roto... con estas alpargatas... ruega, Señora, por nosotros...»

Pasan el oro y la seda del palio, bajo del cual reluce la custodia, regando titilaciones y destellos. Pasa, y se reanuda luego, compacta, ancha, uniforme, la marea de semblantes adoloridos: mujeres envejecidas y afeadas; muchachas que perdieron la gracia y la alegría; solteras a quienes nadie amó, aunque fueron graciosas y buenas, y que todavía sabrían amar;

pobres abandonadas, que todavía sabrían perdonar a los maridos infieles e ingratos; campesinas rotosas, con su renegrida musculatura de bestia fatigada; lavanderas reumáticas, y costureras ya bien entradas en la tisis; canas con ojos irritados, y los brazos llenos de requemones... Y otras más, y otras más, oscuras, indefinidas; náufragas de la vida, que la muerte ha olvidado llevarse... gentes sin mañana, tormentoso el ahora, estéril el ayer... Todo el diapasón del sufrimiento que se encona en la siempre esclava, en la siempre víctima del hombre...

La tarde es luminosa, ardiente, sofocante. Un vaho de sudor y de respiraciones viciadas se mezcla con el incienso y con el polvo fino que vaga en el ambiente; y sobre esta nube de acres emanaciones, flotan suspiros indecisos, sollozos comprimidos, lamentos sofocantes... Vénganos *el* tu reino. Esos tus ojos, misericordiosos... Santo, santo, santo!... Ahora y en la hora de nuestra muerte...

Pasan las últimas suplicaciones. Las últimas siluetas dolientes se esfuman en la lejanía de la calle. El templo ha quedado solitario y

como pensativo, con sus grandes puertas desplegadas, sobre las cuales todavía rebotan los ecos tumultuosos de la procesión, y donde los últimos fulgores del rojo sol de marzo, imprimen los reflejos de un ascua que se va ya extinguiendo...

Voces de la montaña

ALTURA DE RENDEROS, CERCA DE SAN SALVADOR

EL viento zumba incesante en la cañada, con un estruendo como de tempestad. A veinte metros distante de la hondura, todo se halla tranquilo, y uno se siente como refugiado en una iglesia solitaria, oyendo un órgano que tañeran gigantes.

Es un río aéreo, que va corriendo hacia occidente, sobre el valle tranquilo, entre las crestas de los montes. Al pasar, agita con el extremo de sus alas, las aguas dormitantes del Ilopango. Por momentos semeja el ruido sordo y ascendente de una inundación; otras veces, el áspero descenso crepitante de una correntada de lava.

Y así está, horas y horas, sin tregua, todo el día..., la mañana riente, y el soporoso mediodía, y el solitario atardecer, hasta que su

roncar perenne se incorpora en el vasto silencio de la noche...

De pronto, las notas clarinantes del gallo rasgan aquel aliento del gran mar atmosférico; sobre sus ondas vagan y juguetean mil pequeños rumores... la ramilla que cruje, el roce de las hojas... las risas de los niños... virutas que se arrastran... un ternero que ha balado allá lejos, y las ardientes ascuas que crepitan en el hogar.

*

Por el camino, al borde indeciso del desfilar, van y vienen las mujeres de Panchimalco, con sus grandes cargas en la cabeza, rápidas y rítmicas, aleteando los brazos, la cara inexpresiva, concentradas todas las fuerzas en el fin único de un caminar pronto y seguro. Comienzan a pasar desde las tres de la mañana, y vuelven, de las nueve a las once, con las compras del día. A las dos, tras de haber andado unas diez leguas, llegan a casa, preparan la comida, barren, lavan y aplanchan... devanando la cadena sin fin de los oficios cotidianos, larga y pesada en estos pueblos donde el hombre casi no ama otras funciones que las de fecundador y guerrero.

*

«Este cafetal es de nosotros, decía el muchachito: desde aquí hasta aquella puerta de golpe. Aquel potrero que se ve después de la quebrada, es también de nosotros. Son como doscientas manzanas. Yo nunca he ido allá. Papá, creo que fué una vez». Y se queda mirando, pensativo, el fundo lejano, que *es de ellos*, aunque ni siquiera lo conocen. En el rancho, los mozos, entre el humazo del fogón y las emanaciones del establo, toman su desayuno en el suelo, haciendo rueda con los perros y las gallinas. Las rastreras faldas de la cocinera, que va y viene atareada, levantan una nube de polvo que viene a confundirse con el vaho de las tortillas y de los frijoles humeantes.

El corralero gana veinte reales a la semana; la cocinera, doce; el lechero, tres pesos. A las cuatro de la mañana, están ordeñando; a las nueve de la noche, van a zacatear una vez más. Polvo y sol en verano; lodo y lluvia en invierno. Al medio día, almuerzan tortilla y frijoles; por la tarde, comen con tortilla y frijoles.

Pastos, platanales y bosques, las cercas y el pozo, el silo y el desmonte, el corral y el rancho, todo salió de sus manos esclavas. Desde hace ya veinte años dejan allí su vida, transformando la posesión. La mujer del lechero corta la fruta, la lleva en la cabeza al mercado, andando sus tres leguas, y entrega el dinero al patrón. El amo viene rara vez. Regaña, ordena alguna cosa, amenaza sin decir a quién, moraliza contra la dejadez y el derroche, y se va, llevando alguna fruta selecta para obsequiar a los amigos.

*

¡Hombre desanimado y triste, asciende a la montaña! En las montañas está la serenidad, el aire puro y la claridad de la mente. Subiendo, se agita tu sangre, se ensancha tu pecho, se reanima tu espíritu, y una vez en la cumbre serena, te hablarán la soledad y el silencio! el diáfano horizonte hará que todas las cosas te parezcan bellas y puras, y la gran voz ecuánime de las cumbres desiertas, te mostrará los hombres y los sucesos en su exacto valor... ¡Hombre triste y enfermo, asciende a la montaña!

*

Encontré en la pendiente resbaladiza y ruda, los agrios tepenances con su dulce amargor, su fina piel de ámbar, su pulpa refrigerante que adormece la sed. Hallé los serines dulzones, brillando entre las hojas de esmeril que semejan anchas puntas de lanza. Vi de nuevo los despreciados racimos del Cinco Negritos, que fueron mi golosina de la niñez... (amo siempre sus flores, llameantes como el ala de la chiltota) y más alto, en la propia cima del monte, bajo el copudo nacaspilo, tendido el cuerpo, yacente la cabeza entre mis manos entrelazadas, vi la comba del cielo, la gran comba del cielo tallada en un solo zafir, alzándose sobre la cresta blanca de las olas que se hace y se rehace sin descanso, como un inmenso encaje que tejieran las manos glaucas de las ninfas del mar!...

*

Los chicos mataron a pedradas un hermoso pájaro de color cedro oscuro, gran cabeza redonda, y ojos opacos y apacibles. Venía todavía con vida, y me miraba con sus ojos tristes y llenos de sorpresa. Seguramente quería decirme: ¿Por qué esto? ¿Qué mal hacía yo?

Y acaso leyó en los míos, la misma pregunta que surge ante toda vida martirizada: ¿Por qué?...

*

Quisiera llevar de este viaje la idea clara y viva, el sentimiento penetrante, de que el grupo de casas y de calles que se ven allí abajo, manchando el verdor del paisaje, no es el mundo, ni siquiera el país. Así como la lacra que mancha la corteza de un árbol, no es el árbol.

Hervidero de mezquindades, avidez de placeres, grosera ambición y áspera codicia, todo ello amasado con perpetua mentira... ¿Y qué? Eso no ha de alterar la serenidad ni el trabajo de un hombre.

*

¿Cuál es el secreto del mar y de la montaña? ¿Del mar, allá adentro, lejos de toda orilla...; de la montaña, allá en la altura, lejos de toda contaminación humana?

¿Es sólo la pureza del aire? ¿O es que no flotan en el ambiente los pensamientos ruines y tristes de los hombres?... ¡Alma triste y enferma, asciende a la montaña! ¡Corazón dolorido, ve a buscar fuerza y ritmos en el profundo mar!...

El azote de Nueva York

EL 21 de enero escribí este apunte en las anotaciones para mi «Diario neoyorkino»: «En menos de tres meses, cuatro o cinco incendios en que perecieron varios infelices entre las llamas o sofocados por los escombros, o aplastados contra las piedras de las calles, adonde se arrojaron, en la ceguera del terror, huyendo de morir abrasados. No contemos algunos centenares de pobres gentes que lo perdieron todo en un instante, salvándose medio desnudos, y que amanecieron en el desamparo, en lucha con el frío y el hambre».

Cuando escribí esa nota, aun era yo novicio en la vida de Nueva York, y me sobrecogía pensar que hubiera cada mes uno o dos incendios desastrosos. Después fuí ahondando, y se me hicieron familiares las crónicas del fuego, donde se habla de «nueve personas que mu-

rieron quemadas; de cinco inquilinos que se arrojaron de un cuarto piso, pereciendo instantáneamente; de la muchedumbre aterrorizada que *impotente para salvar a los desventurados que se retorçían entre las llamas*, entonaban himnos religiosos; de trescientas personas que en una noche frígida escaparon semidesnudas, y durante dos horas tiritaron bajo la nieve, presenciando la batalla de los *firemen* contra el fuego invencible». Era en los días terribles de febrero, en plena epidemia de influenza, cuando el país era azotado por ondas de frío nunca vistas.

En fin, me habitué al tañido siniestro de la campana de alarma que pasa como una exhalación entre la muchedumbre, deshaciendo instantáneamente el tumulto de los automóviles y la aglomeración de las gentes. Estos largos carros, pintados de rojo llameante, volando a lo largo de las calles interminables, sin detenerse por nadie ni por nada, abriéndose paso con el grito agrio e imperioso de su campana oscilante, se han grabado ya en mis pupilas como una visión de exterminio, y me cuesta un esfuerzo recordar que son ellos y sus heroicos *firemen* (hombres del fuego) los protectores que velan

día y noche por nuestra vida amenazada y por nuestros bienes precarios.

Durante los días sin fin del enero nivoso, en el silencio de las horas enfermas que se filtraban lentamente, de segundo en segundo, en el filtro del tedio y de la desesperanza, mi oído, aguzado por la inmovilidad, se volvió sutil y maestro en percibir los alaridos de las campanas de incendio. De mañana, a medio día, de tarde, a toda hora escuchaba sus gritos plañideros, rasgando el aire acolchonado por la nieve, desgarrando el silencio con un zig-zag de terror y de angustia.

Entonces advertí que los incendios no son aquí los desastres frecuentes de una semana a otra, sino el combate diario, la amenaza de siempre, la espada que pende a toda hora sobre nuestros placeres, el precio que nos cobran por el festín de la cultura en la imperial ciudad neoyorquina.

*

El incendio es el azote de Nueva York. Cada gran ciudad tiene el suyo. Aquí tenemos el incendio, que ninguna vigilancia puede

prevenir. Se vive bajo la amenaza de la hoguera.

Al irse a la cama, mira uno con inquietud su ajuar, y se dice que, a todo evento, bastará con salvar la vida. Se acuesta uno, se desvela algún tanto, y, por fin, duerme. Este es el don precioso que las hadas del bien hicieron al hombre: que, por fin, tras de luchar con la inquietud y con la zozobra, con el frío y el hambre, con la lluvia y la nieve, con las balas de los cañones y las bombas de los zepe-lines, con la guadaña de la peste y las traiciones del terremoto, con el tedio y los tristes recuerdos y las desesperanzas de la vida, por fin el sueño llega... y porfía... y vence.

*

No es un temor quimérico éste de los incendios en Nueva York; no, es un conflicto diario, seguro, previsto, inevitable. Todos los días hay incendio. A veces son incendios. A veces, varios incendios.

Tiene que ser así: son seis millones y medio de habitantes, en un espacio que vendría justo para tres. En la isla de Manhattan, aprisionada y apretada entre dos grandes ríos, donde,

por tantísimo espacio que se llevan los almacenes, los parques y las fábricas, hay apenas sitio para unos dos millones de habitantes, viven los dos tercios de la ciudad inmensa. La población desbordó.

La isla, como un pulpo desmesurado, alargó sus tentáculos en forma de puentes y túneles, a través del Hudson y del East River, e hizo presa en Brooklyn, en Bronx, en Harlem y en States Island, en las aldeas de New Jersey y en otros sitios, y se desahogó en ellos de las multitudes tumultuosas que la estaban ahogando. Y así vino a quedar Manhattan siendo el núcleo, el corazón enorme de la turbe monstruosa.

Un corazón pletórico, en congestión perenne de gentes incontables; no sólo porque el comercio retiene ahí el mayor número, sino, además, porque día por día los transatlánticos descargan en sus muelles su marejada de inmigrantes. Cada semana son seis mil, ocho mil, diez mil, doce mil. Y esta inundación de gentes ha de ser alojada aquí, en Manhattan, siquiera algunos días, siquiera por algunas horas. Muchos pasan de largo, como valerosas golondrinas avezadas a vuelos dilatados, y si-

guen para las tierras del Norte y del Oeste. Otros, menos atrevidos, posan en Brooklyn, en Bronx, en New Jersey y en otros pueblos no distantes. Otros, cansados ya, o porque son aves de tormenta que necesitan lucha, azares, aventuras, lances y ocasiones, quédanse aquí en Manhattan, laberinto de la Babel moderna, donde toda miseria puede hallar escondrijo, todo secreto silencio, toda audacia campo, toda abnegación objeto, toda reforma auditores y seguidores.

Constreñida entre los líquidos anillos del Hudson y del East River, Manhattan crece, sin embargo. Crece forzosamente: el hormiguero humano que negrea en sus calles y avenidas, desde Broadway hasta la última diminuta calle de travesía, necesita espacio, espacio, espacio; sopena de acabar asfixiado, o de revolverse unos contra otros en pugna de insensatos por un sitio en que asentar los pies. De día, de noche, a la tarde y al alba, los puentes y los túneles abren caminos a estas millonadas de gentes; de día, de noche, en el bullir del meridiano y en la paz silente de la madrugada, los buques y los trenes arrojan sobre Manhattan la marea viviente que llega de todos los ámbitos del país

y del mundo. ¡Espacio, espacio, espacio, más espacio!

¡Y entonces Machatan se hincha, se infla, se contorsiona y convulsiona... y crece! ¿Crece hacia dónde? Hacia arriba. Hacia arriba, añadiendo a las viejas casas un piso y otro piso. ¿Eran seis? pues siete, y ocho, luego nueve, once y quince, y más allá de quince... siempre subiendo los pisos uniformes, bajitos, cuadrados, estrechos, celulares e inestéticos; celdillas de colmena, donde apenas hay sitio para contados y encogidos muebles.

Arriba! Arriba! Arriba las familias, con sus *kichinetes*, (cocinillas) sus tubos de gas pronto a inflamarse, sus alambres eléctricos, sus cortinajes y sus mantas próximos al hogar; todo el menaje que calienta y conforta... cuando no trae el fuego y el desastre. Adonde vaya el hombre, ha de ir el fuego; pues la civilización eso es—fuego en todas sus formas y funciones. Pero este genio de la cultura, disipador de sombras y vencedor del frío, no gusta de los espacios estrechos. Es como las fieras: se encoleriza en las jaulas, y sus cóleras son incendios.

Manhatan crece. Ya por las alturas del vi-

gésimo piso, comienza a sentir vértigos, se mareta, vacila, y sólo aquí, allá, se atreve a subir más, encaramándose alocado hasta los cuadragésimos y quincuagésimos pisos de los araña-cielos, verdaderas ciudades aéreas, zumbantes colmenares donde trabajan, apiñados y escalonados, millares y millares de oficinistas.

Mas no se puede subir siempre; el ambiente es muy frío, la subida costosa, el viento azotador y hostil. Entonces Manhattan retrocede, buscando a tientas sitio para ensancharse. Espacio! espacio! espacio!

Manhatan crece aún. ¿Hacia dónde? Hacia abajo. Se horada el suelo, se excava, se perfora, se ahonda; y van quedando las vastas oquedades que luego se transforman en confortables pisos, que son como las raíces y las entrañas de la vida de afuera. Y por entre las sinuosidades subterráneas de este laberinto creciente, vibra el cordaje de los subways: malla de acero que cruza y entrecruza la ciudad a quince y veinte metros por debajo del suelo, bifurcándose y trifurcándose en líneas que desembocan en estaciones anchurosas, donde los trenes incesantes tragan y eructan una muchedumbre sin nombre, sin número, sin tregua.

Ir y venir tan grande, compacto, apresurado e incesante y urgido, que ha hecho necesario establecer trenes expresos, que sacuden de minuto a minuto las entrañas de la Babel monstruosa, y que no obstante ser enormes convoyes que alojan millares de viajeros, están siempre repletos, rebozantes, desbordantes; como las olas enfurecidas que se amontonan en las estrechas cavernas de una costa brava.

*

Tal Nueva York.

¿Cómo evitar el incendio en una semejante aglomeración de cosas y personas, donde la más ligera chispa encuentra en que hacer presa, y donde bastaría el aliento de seis millones de vivientes para agrandarla y trocarla en hoguera?...

«Entonces—refiere la Biblia—los hombres, ensoberbecidos, se dijeron: haremos una torre cuya cima llegue hasta el cielo.

»Y se les confundieron las lenguas, y se dispersaron.»

Destino de las empresas humanas, cuando van más allá de los límites que los dioses

fijaron a nuestras pobres fuerzas: que apenas la cima va acercándose al cielo, alguna cosa viene y las confunde.

Allá las lenguas, aquí el fuego.

Mayo de 1920.

Nevando

(En Nueva York, enero de 1920)

COMIENZA a deshojarse allá arriba una inmensa flor blanquecina, de hojillas leves, que vuelan y revuelan, como si fueran copitos de ceniza, o el plumón dehecho de una garza.

Van cayendo, cayendo levemente, alzándose a veces como si de nuevo quisieran esconderse entre las nubes lívidas; o se entretienen jugando entre las jambas de las ventanas, hasta detenerse sobre los umbrales, como abejas cansadas de zumbar y rondar. Una ráfaga sopla, y se lleva el enjambre, haciéndole jirar en torbellino o estrellándole contra los muros.

Van y vienen, descenden, se ciernen indecisos, se levantan de nuevo, y otra vez caen, caen, lentamente, posándose sobre las cornizas de los portones, en el barandal de los fire-esca-

pe, ⁽¹⁾ sobre las cuerdas de tender ropa, y, en fin, sobre las anchas losas de los patios y de las calles.

Caen, caen, espesándose por momentos, cada vez más densos, más densos, hasta que la lluvia de pétalos se transforma en un solo cendal que ondula vagarosamente, desarrollando sus mil y mil repliegue de gasa tenue y blanca.

Y bajo la lluvia silenciosa, frígida, voltejante, desmenuzada y perenne, las cosas todas van revistiéndose de una clámide blanca... y los techos, las cuerdas, los árboles, las grietas de los muros, los postes renegridos, los suelos maculosos, y hasta los harapos que yacen apuñuscados en el descansillo de las escaleras, se limpian, se purifican y se abrihantan bajo los copos nívicos, relucientes y tersos.

*

Así comenzó, bellamente, como una purificación y un deslumbramiento, esto que ahora se llama la tempestad de nieve... y es una

(1) *Fire-escape*.—Escaleras de salvamento contra los incendios.

desolación y una opacidad de muerte y de tristeza.

La nieve siguió cayendo todo el día, sin tregua, y fué cubriendo las losas del pavimento, las depresiones del enlosado, los techos apizarrados de las iglesias, los umbrales de las ventanas y los umbrales de las puertas, el agua durmiente del río, la cubierta de las embarcaciones, las rejillas de los sótanos, las cuerdas que se entrecruzan en los patios, tensas de ropas húmedas; los toldos de los teatros y las azoteas de las casas, los sombreros y los abrigos de los transeuntes; las capotas de los autos y de los camiones... todo, todo... transformando la diversidad y la multiplicidad en una sola cosa única, uniforme e informe, en una blancura sin contornos, sin principio y sin término, sin arrugas y sin matices, callada, solitaria, inmensa y sempiterna... como si toda la oquedad de los mares y el abismo de la atmósfera se hubieran ido vaciando callados y pausados sobre la Tierra atribulada, cubriéndola con una ceniza fúnebre, sudario del silencio y de la muerte...

Al amanecer del otro día, la Nieve habló. A su mutismo de la noche y del día anterior,

sucedió un leve rechinar en las vidrieras, golpeteos amortiguados en las ventanas, y un zumbido incierto y lejano que venía del mar...

Que venía tan lentamente, y con pasos tan sigilosos, como si fuera un caminante fatigado que apenas avanzara en su andar.

La nieve se deslizaba sobre los vidrios con un rumoreo imperceptible, como el de una colmena en las horas dormidas de la siesta.

Apenas se oía.

Luego, aquel ziseo fué acentuándose, haciéndose chasquido, crujido de virutas, restallido de chispas... y, por fin, un neto cric-crac, cric-crac, cric-crac, cric-crac.

Era la escarcha.

Las hojillas de rosa té, las alas desmenuzadas de mariposas blancas, los copitos de algodón escapándose de las corolas, la ceniza tenue que va y viene, vuela y revuela, aletea y revolotea... y toda aquella levedad blanca y suave, se ha transformado en cristalillos esféricos, duros, menuditos, de blancor mate y lácteo, que caen rudamente, en violentas líneas oblicuas, en zig-zags arbitrarios, acribillando los muros y las ventanas bajo una es-

pesa lluvia de proyectiles imperceptibles... cric-crac, cric-crac, cric-crac...

Van pasando las horas, una a una, hasta el momento de salir el sol, y en vez de su luz vivificante, sembradora de anhelos y esperanzas, se inicia apenas un semifulgor lívido, pugnando por brillar a través de la bruma congelada y espesa...

Fué, no más, un instante, un aletear efímero en el seno profundo de la nieve silente. Un relucir furtivo de algo que habría sido luz... un destello... y luego, la lividez siniesolozante.

La lluvia de arenitas crepitantes salta, chirría, estalla fugazmente para fundirse luego, desvaneciéndose, en las anchas costras de hielo. El rumor lacerante de la escarcha llena todo el ambiente aquí en el suelo; mientras allá, en lo alto, ronca profundo el viento que se va tornando tempestad.

Cric-crac, cric-crac, dice la escarcha, golpeando la ventana... Y allá arriba, hom, hom, hom, rezonga el viento amenazante... y aquí dentro, en el cuartito estrecho que nos guarda de la nieve y del frío, el dulce, el confor-

tante rhz, rhz de los irradiadores, con sus tibios alientos que recuerdan ternuras maternas, con sus arrullos íntimos, que parecen un cántico entonado a los dioses del trabajo y la paz.

¡Oh canción inefable del agua que hierve y se aerifica en los caños protectores! ¡cómo vuelven la vida y la temperanza del ánimo, cuando al venir el día se insinúan tus primeras notas, como los primeros gorjeos del mirlo en primavera!

¡Oh divino rumor que eres, a un tiempo, canción de las ondas en la playa, cuchichear de las hojas en el bosque silente, charlotear de los pájaros al advenimiento de la aurora... rhz, rhz, rhz...

¡Hogar!...

Mientras afuera luchan y se debaten todas las inclemencias; mientras el viento, la lluvia, el granizo, la nevisca dilacerante, la ráfaga que ciega, la humedad que corroe, la escarcha que paraliza y petrifica, el huracán que asorda y acobarda, el cierzo que estremece, la niebla que nos confunde y desconcierta, las agujas heladas del vendabal que nos traspasan y dan vértigos; mientras las siete fauces de la Hidra

polar ahullan y multiplican sus pavorosas embestidas, aquí dentro hay la paz, la luz, la firmeza, la esperanza que se yergue triunfante, la fe que impulsa a un triste enfermo, salvado apenas de la muerte, a emplear sus largas horas de convalesciente en el trabajo que hace la vida santa y grata.

Un simple vidrio protector, que rechaza todas las furias, y deja penetrar solamente la luz, fulgente don del Sol, y el himno del radiador, su leimotif divino, emergido del alma de la llama, me sostienen triunfante, prepotente contra la muerte, contra el dragón que está ahí, al otro lado, azotando los muros con su cola escamada de escarcha y de granizo.

Cric crac, cric crac, cric crac... mis ojos se vuelven ansiosos y sobresaltados a la ventana, que se estremece y cruje.

Rhz, rhz, rhz, rhz, preludia el radiador... y tranquilo, reconfortado, recojo mi lápiz y vuelvo a mi trabajo, arrullado por la canción divina.

Indice

	<u>PÁGINAS</u>
PRÓLOGO	7
PENSAMIENTOS Y FORMAS:	
SOLEDAD	13
MEDIO DÍA.....	14
DICHA	16
BRIZNAS	17
LLUEVE	19
LA HOJA	20
*	21
ESCULTURA MORAL.....	23
UNA PERLA	25
LA SEMILLA.....	26
LIBERTAD	27
VISLUMBRE	29
RITMO	30
EL CAUCE.....	32
PANTHEOS	35
BELLEZA	36

INDICE

DEBER	37
CONÓCETE A TI MISMO	39
FUERZA	41
FIDELIDAD	44
UNA PUNTA DEL VELO:	
La Ley	46
Las claves	47
La escala	48
La caída	48
Adán, Eva	50
La tarea aquí abajo	52
Las Formas	53
NOTAS DE VIAJE.	
EN IZALCO	65
FIESTA DE LA RAZA	73
EN ALEGRÍA	76
HARAPOS	81
LAMATEPEC	87
EN GUATEMALA	90
RUINAS DE SAN FRANCISCO	94
VIENDO EL MAR	96
PROCESIÓN DEL SANTÍSIMO	98
VOCES DE LA MONTAÑA	103
EL AZOTE DE NUEVA YORK	109
NEVANDO	119

EDICIONES
DE AUTORES CENTROAMERICANOS

A 20, 30 y 40 centavos oro americano el tomito

J. GARCIA MONGE, EDITOR
SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A. — APARTADO 533

Novelas y cuentos. Poesías. Artículos y ensayos.
Educación. Historia. Ciencias. Teatro. Bio-
grafías. Oratoria.

LA COLABORACION SERÁ INVARIABLEMENTE SOLICITADA

PUBLICADOS

COSTA RICA

J. García Monge: *La Mala Sombra* y otros su-
cesos.

Rómulo Tovar: *De variado sentir.*

„ „ *En el taller del platero.*

„ „ *De Atenas y de la Filosofía.*

Octavio Jiménez: *Las coccinelas del rosal.*

Carmen Lira: *Los cuentos de mi tía Panchita.*

Ricardo Fernández Guardia: *Miniatura.*

NICARAGUA

José Olivares: *Poesías.*

HONDURAS

Rafael Heliodoro Valle: *El rosal del ermitaño.*

EDICIONES SARMIENTO

J. GARCÍA MONGE, Editor
SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.
APARTADO DE CORREOS 533

CUADERNOS PUBLICADOS:

A 20 ctvs. oro am. cada tomito

- 1.—Juan Maragall: *Elogio de la palabra.*
- 2.—Clarín: *Cuentos.*
- 3 y 4.—José Martí. *Versos.*
- 5.—José Enrique Rodó: *Lecturas.*
- 6.—Enrique José Varona: *Lecturas.*
- 7.—Herodoto: *Narraciones.*
- 8.—Almafuerte: *El Misionero.*
- 9.—Ernesto Renán: *Emma Kosilis.*
- 10.—Jacinto Benavente: *El príncipe que todo lo aprendió en los libros.*
- 11.—Silverio Lanza: *Cuentos.*
- 12.—Carlos Guido y Spano: *Poesías.*
- 13.—Andrés Gide: *Oscar Wilde.*
- 14.—R. Arévalo Martínez: *El hombre que parecía un caballo.*
- 15 y 16.—Rubén Darío en Costa Rica.

PROXIMAMENTE:

Bolívar, por Cornelio Hispano.